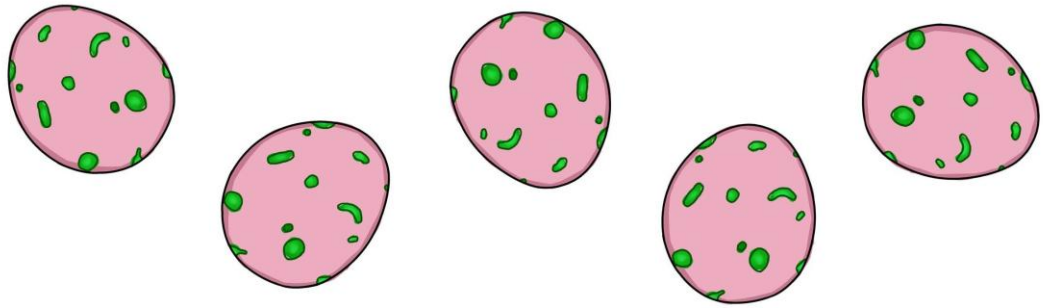
Mortadela Jones



–¡Tengo más hambre! –la pequeña Ángela lanzaba miradas fugaces a su padre, sin descuidar un instante las migas de pan que quedaban sobre la mesa. Había muchas manos disputándoselas con rápidos movimientos.

–¡Y yo! –secundó Segundo.

Mauricio, su padre, resopló. Llevaba a Nicolás en un brazo, mientras con el otro servía agua de una jarra.

–¡Pues no hay nada más!

El jornal del día apenas le había llegado para comprar dos barras de pan y cuarto de kilo de mortadela con aceitunas, por aquello de que comieran verdura.

–¿Y el postre? –continuó Susana.

–Hoy no hay postre, para que durmáis ligeros.

–¿Más ligeros todavía? –intervino Valentina, mirándose los brazos flacuchos.

–¡Yo no me quiero acostar aún! –protestó Serafín–. A Antón le huelen mucho los pies.

–¿Cómo que me huelen los pies? –saltó Antón, y las migas que tenía en la boca volaron por toda la habitación.

–¡Qué desperdicio! –dijo Daniel.

–Antón, ton-ton, Antón, ton-tón –cantó Serafín, haciendo que Antón se pusiera rojo como el bote de tomate ketchup que se había terminado la semana anterior.

–¡Basta! –gritó Mauricio.

–¡Buaaaaaaaaaaaaaaa! –comenzó a llorar Nicolás.

–¡Ya me lo habéis despertado! ¡A la cama todo el mundo!

Los once niños desfilaron por delante de su padre; bueno, salvo Nicolás, que seguía en sus brazos y en ese momento sufría su famoso mecimiento-desenfrenado-para-que-no-se-despierte-del-todo. Entraron por turnos al único cuarto de baño, se lavaron los

dientes e hicieron pis por orden de edad, primero los más pequeños (para evitar accidentes durante la espera). Luego fueron pasando al dormitorio, bordeado por una hilera de literas de tres pisos, y aguardaron en fila.

Mauricio entró y dio un beso de buenas noches a cada uno.

Antón *Fortachón*, catorce años, grande y fuerte como un buey y tontorrón como dos bueyes (y no me refiero a bueyes catedráticos).

Segundo *Refunfuñeta,* trece años, segundo en todo desde que nació y por eso algo gruñón. Una vez se pasó dos meses seguidos haciendo "grrr…, grrr…". Su profesora le felicitó por sus esfuerzos con el francés.

Vanessa *Vanidossa*, doce años, guapa como un cisne y presumida como una gallina, incapaz de pensar en alguien que no se llamase Vanessa. Su única amiga era una niña a la que veía todos los días en una pequeña ventana en el baño y que los demás llamaban "espejo".

Serafín *Jajá*, once años, listo como un rayo y gran amante de bromas y travesuras, como cuando cambió el felpudo del baño por un puercoespín. Aunque el antiguo era tan duro que su familia tardó una semana en darse cuenta. De hecho, al final se quedaron el puercoespín y tiraron el felpudo.

Luisa *Bombilla*, diez años, inteligente y sabelotodo, lo más parecido a una enciclopedia con gafas. Su comida favorita era el repollo.

Valentina *Chiún*, ocho años, deportista obsesa. Hacía flexiones mientras dormía. Campeona infantil de triple salto con la nariz, natación en saco y lanzamiento de tortilla.

Lolo *Trespiés*, siete años, torpe como una grulla con patines, pasaba más rato en el suelo que de pie. Últimamente había decidido ir rodando a todas partes.

Susana *de la Jungla,* seis años, gran amante de los animales. Solía dormir con un jabalí adulto.



Daniel *Tragacantos*, cinco años, tragón compulsivo. Tenía un sueño recurrente en el que se quedaba encerrado en un almacén de chocolatinas de gambas. Solo se curó tras comerse dos sacos de calcetines sucios.

A continuación Ángela *Esponja*, cuatro años, su vicio era aprender todo lo que se le pusiera por delante, desde dibujar renos bizcos hasta manejar maquinaria de soldadura pesada.

Y por último Nicolás el Grande, que era el más pequeño. A punto de cumplir un año, regordete y feliz, seguía a gatas a sus diez hermanos allá donde fueran, incluso al baño.

Esperó a que todos subieran ágilmente a sus literas y apagó la luz.

–Buenas noches, hijos, soñad con cosas bonitas.

Y se retiró al salón. Miró a la mesa. No había nada que recoger, estaba limpia como una patena. Tanto mejor. Se dirigió sigilosamente a la butaca. Si Nicolás, que se había vuelto a dormir en sus brazos, no se despertaba, disfrutaría de su único momento de descanso del día…

–¡¡¡DING-DONG!!! –el timbre de la puerta.

El bebé dio un respingo, pero siguió dormido.

–¿Quién narices será a estas horas? Si me lo llega a despertar…

No podían ser los del servicio social, era demasiado tarde. Las últimas semanas habían estado visitándoles más de lo deseable. Parecían poner en duda que Mauricio fuera capaz de hacerse cargo de los once niños. Todo porque una vez se le perdieron diez y no se dio cuenta. Incluso habían llegado a insinuar si convendría que algunos de ellos se fueran a vivir a un hogar infantil. ¡Jamás! Se moriría sin sus once besos de buenas noches.

Aún dudando, abrió la puerta. Un extraño personaje se recortaba contra la luz del descansillo. Llevaba un ojo tapado con un parche. Una gran cicatriz cruzaba su rostro y se perdía por el cuello de su camisa caqui. Le llegaba hasta el dedo gordo del pie.

–¿Quién es usted?

El hombre se quitó un sombrero de fieltro a lo Indiana Jones.

–Soy Dirk von Pantoffel de la Mosqueta. Pero puede llamarme señor Von Pantoffel.

–Vaya, me había quedado mejor con lo de la mosquilla.

–¡Mosqueta, señor mío, Mosqueta! Mi tata-tatarabuelo sirvió con honor en los mosqueteros de su majestad, heredando título y apellido.

–Eso es mosquete, no mosqueta –dijo una voz desde detrás de las piernas de Mauricio. Era Luisa Bombilla, que se había levantado a cotillear.

–¡Je! Estos niños se creen que lo saben todo –contestó Dirk von Pantoffel de la Mosqueta, forzando una sonrisa.

–Esta sí lo sabe todo –dijo Mauricio. Luisa Bombilla se ajustó las gafas, orgullosa–. Bueno, ¿qué desea? ¡Y tú a la cama!

La niña se escabulló al dormitorio.

–Permítame que me presente –dijo el extraño, entregándole una tarjeta. En ella, con brillantes colores, lucía un gran rótulo que decía "El Club de los Aventureros". No había ninguna dirección.

–Soy el director comercial del Club de los Aventureros. Habrá oído hablar de nosotros.

–Más bien no –dijo Mauricio.

–Es increíble. – Dirk von Pantoffel de la Mosqueta movía la cabeza de un lado a otro, anonadado.

Mauricio aguardaba, cada vez más dispuesto a darle un buen portazo en la nariz a aquel moscón, que además debía estar un tanto desequilibrado.

–¿Y bien?

–¡Ah! Vengo por esto –dijo reponiéndose, y sacó un extraño amuleto de su morral–. Me ha traído hasta usted.

Estaba hecho de un raro metal violeta. Refulgía intensamente.

–Resulta que tenemos una vacante en el Club –continuó Dirk von Pantoffel etcétera–. Un desgraciado accidente nos ha privado de un brillante excompañero. –Inclinó la cabeza en una fugaz reverencia–. Y ha dejado sitio para nuevos talentos. Y el amuleto le ha elegido a usted.

–¿Perdón?

–Sí, es lo que usamos para hacer la selección de personal.



Mauricio levantó una ceja, escéptico.

–Sirve para detectar héroes –concluyó Dirk von etcétera.

–¿Un héroe yo?

–Sí, eso parece. –Le aproximó el amuleto y el brillo del metal se convirtió en un resplandor cegador–. No hay duda.

Mauricio se detuvo a pensar. El único acto heroico que había hecho en su vida era no huir cuando descubrió que Paulina, su mujer, había desaparecido del hospital tras dar a luz a Nicolás. Sí, se había disfrazado de Papá Noel y se había dado a la fuga. No se lo podía reprochar. Veinticuatro horas al día con once niños eran como para volver loco a cualquiera. Todavía tenía la esperanza de que, una vez recuperada su salud mental, volviera a casa. O que volviera por error.

–Creo que se equivoca –dijo.

–Sería la primera vez. –Y le volvió a acercar el amuleto, que volvió a relucir intensamente.

–¡Deje en paz el trasto ese! Me va a despertar al niño.

–¿Nunca ha notado ningún poder especial?

–No.

–Curioso.

–Bueno, y si soy un héroe ¿qué?

–Pues que puede ganar fama y fortuna con nosotros.

Dirk von etcétera sacó un suculento saco de su morral y se lo acercó a Mauricio. Tintineaba.

–¿Qué es eso?

–Ábralo.

–Ábralo usted, ¿no ve que no tengo manos?

–Bueno.

Y lo abrió. ¿Qué diréis que contenía? Un brillante montón de monedas de oro.

–No serán de chocolate...

–Tome, muerda.

Mauricio tomó y mordió.

–¡Ay! Un diente a la porra.

–Eso se lo arregla el mago, no se preocupe.

–¿El mago?

–Sí, otro del Club.

Mauricio, con la moneda y el diente en una mano, meditó.

–Es igual, no puedo dejar a los niños abandonados para irme a correr aventuras. –Y le arrojó la moneda. Le dio a Dirk en un diente.

–No se preocupe, eso se lo arregla el mago –dijo Mauricio.

Esta vez fue Dirk von etcétera etcétera el que se puso a meditar.

–¿Y si los trae con usted? En el cuartel hay sitio de sobra.

–¿Está loco?

En esto volvió a salir Luisa, tan solemne como siempre.

–Papá, Antón *Fortachón* me ha roto las gafas. No veo nada.

Y se chocó contra la pared.

–¿Y yo qué?, ¿y yo qué? –salió Antón *Fortachón*–. Con tus gafas (siempre tan afiladas) me he roto la zapatilla. Papá, tendrás que comprarme otro par.

–Papáááá –se escuchó a Ángela desde el dormitorio–. A Daniel le suenan tanto las tripas que no me deja dormir.

–¡Porque a mí me ha tocado solo una loncha de mortadela! –respondió Daniel *Tragacantos.*

Mauricio recuperó la moneda con la velocidad del rayo y dijo:

–¿Dónde hay que firmar?

–No hace falta firma alguna. Un buen apretón de manos basta.

Y le apretó las manos.

–¡Ay! Me ha roto algo.

–Uy, lo siento. Yo también soy un héroe. Entonces –observó al papá rodeado de niños–, al amanecer partiremos.